

# **“DEL NACIONALISMO A LA NACIÓN, DEL ESENCIALISMO NACIONALISTA A LA CONSTRUCCIÓN NACIONAL”**

**Josep-Lluís Carod-Rovira\***

## **1.- INTRODUCCIÓN.**

Catalunya y Euskadi son pueblos milenarios, fueron naciones mucho antes que esta idea de nación se definiera en términos modernos, fueron naciones mucho antes que esta noción fuera recogida en algún texto legal, antes de que existieran ciertos estados europeos y lo continuarán siendo mientras lo quieran sus ciudadanos y ciudadanas.

Este año los catalanes y las catalanas conmemoramos los 650 años de nuestras instituciones propias, 650 años de la Generalitat, como Govern de Catalunya, con el presidente número 128: pocos países en Europa pueden decir lo mismo... Pero es necesario que nos hagamos la pregunta clave: ¿qué es lo que explica la tozuda pervivencia de nuestras instituciones y de nuestra nación por encima de guerras, monarquías y dictaduras que no les eran precisamente favorables?

No somos ahora la nación que éramos hace un puñado de siglos. Es más, en términos de libertades individuales y bienestar social, no queremos volver a ser la nación que éramos hace un puñado de siglos, antes del 11 de septiembre de 1714. Y la nación que seremos

en el futuro justamente empezamos a construirla ahora. El éxito de la pervivencia de las instituciones de Catalunya, con las adaptaciones propias de cada momento y contexto, se encuentra en el hecho de ir estrechamente ligadas a los intereses del país y de su pueblo, y en el caso de Catalunya a sus derechos y a sus libertades, a su capacidad de adaptación a los tiempos y a la nueva gente catalana que ha ido llegando a través de los siglos. Catalunya y la libertad, Cataluña y la democracia, son una misma cosa, porque los enemigos de la una siempre lo han sido también de la otra. Nuestra historia, nuestra rotunda resistencia contra las versiones antiguas y modernas del absolutismo, del monolitismo cultural y social, de los intentos de homogenización, del totalitarismo, de la opresión, nos lo indican.

Así mismo, el éxito de nuestro proyecto nacional depende en gran medida no de la nación del pasado, sino de nuestra voluntad de construir la nación del futuro, de forma que genere la adhesión de la ciudadanía, de toda la ciudadanía, no solo de una parte, no solo de los nacionalistas. Por eso es necesario afrontar el debate de las identidades complejas huyendo del nacionalismo esencialista más propio de los Estados-nación decimonónicos y con una identidad fuertemente dependiente de su imposición mediante las estructuras estatales, para pasar a formular un proyecto nacional basado en la adhesión de la ciudadanía a la construcción de un futuro nacional compartido.

La nación heredada puede ser un elemento de identificación y el legado que fundamente una voluntad de futuro, pero la losa del pasado no puede ser tan grande que nos impida alzarnos. El peso de la mochila de la herencia no nos ha de impedir caminar hacia la nación libre del futuro.

Desde la política, la dictadura de la mirada corta, de la vista fijada en las próximas elecciones, la dinámica de la declaración y contradecación, a menudo no nos permite tener la mirada larga que requieren las verdaderas políticas de país, las auténticamente nacionales. Nuestra responsabilidad desde la política es dibujar este horizonte nacional a largo plazo, es ser capaces de pararnos y reflexionar para diseñar cómo hacer de nuestro proyecto nacional un proyecto de éxito, un proyecto atractivo, un proyecto que suscite cada vez más adhesiones porque responde a los anhelos y a la voluntad de nuestros ciudadanos y ciudadanas, porque da respuesta a los retos del s.XXI.

## **2.- PROYECTOS ESENCIALISTAS / PROYECTOS NACIONALES.**

### **2.1.- NACIONALISMO DE ESTADO (ESENCIALISMO E IMPOSICIÓN OFICIAL).**

El nacionalismo esencialista –el habitual en los estados-nación más tradicionales– es cerrado porque piensa en la nación como un hecho etnocultural ya cerrado, completado y acabado, que intenta imponer

los lazos nacionales de supuestas características compartidas de lengua, cultura y, donde sea el caso, también raza.

El nacionalismo de Estado más tradicional, no es percibido por los destinatarios como tal, porque la maquinaria estatal hace que su posición sea la neutra. La repetición de los gestos los vuelve "naturales". Es aquello que se conoce como el "nacionalismo banal", la naturalidad de la simbología estatal en todas partes y con el más mínimo pretexto. Así, los estados reafirman de manera sutil, pero continuada, las características definidas de aquello que es nacional y de lo que no. La reiteración estatal explica la versión autorizada de la nación.

Paradójicamente, el nacionalismo de estado no se llama nunca así, siempre se reclama del patriotismo y sus adeptos son patriotas. Dejan el nacionalismo para los demás, para los que no tenemos derecho ni de aparecer en el mapa del tiempo. Pero el nacionalismo más potente, el nacionalismo de verdad, siempre es el que va a cargo de los presupuestos generales del estado, no importa de qué estado.

Es esta rigidez, este anquilosamiento del proyecto nacional, el que hace de muchos de los estados actuales un proyecto nacional caduco, que ya ha pasado de moda.

- a. Este tipo de nacionalismo se enfrenta con el cosmopolitismo y las tendencias globalizadoras, los movimientos migratorios masivos, porque se siente amenazado, perdido, no sabe como afrontarlas. Por tanto, muchas veces lo que hace es excluir cualquier pensamiento

que no sea como los suyos. Curiosamente, sin embargo, opone el cosmopolitismo a las reivindicaciones nacionales de los países sin estado, argumentando que no es moderno eso de querer tener estado en una Europa unida. Resulta, no obstante, que no se ha dado nunca el caso que nadie que tuviese estado renunciase a él y ya tiene gracia que los que sí lo tienen nos pidan, a los que no tenemos, que renunciemos a tenerlo. Y es cierto que Europa está más unida que nunca, pero también que en Europa nunca había habido tantos estados independientes como ahora. Todo el mundo quiere una Europa unida, pero desde su propio estado.

- b. **El Estado como institución no da respuestas a todas las demandas generadas en el mundo.** Diversos pensadores, coinciden en decir con Zigmunt Bauman que las formas sociales no son las que eran y que las instituciones tradicionales ya no son capaces de dar respuestas a las inquietudes de las personas, porque necesitamos formas de organización menos rígidas. El nacionalismo característico de los Estados-nación es excluyente por naturaleza, cree que la nación es una "cosa" inamovible, homogénea, sacralizada, perpetua, que se ha de preservar como más inmutable, mejor. Este nacionalismo utiliza las estructuras estatales para perpetuar esta versión esencial, rígida, de la identidad nacional. ***Impone a los vivos la nación de los muertos.*** Pero ya

sabemos que las estructuras más rígidas son las que a menudo se acaban rompiendo.

La nación, en los términos antes enunciados, está vacía. El papel de la gente, de los miembros de la nación, es el de defensores de la nación que existe por sí misma, sin ellos. Esta gente, pues, es secundaria y accesoria a la existencia de la nación. La gran crítica que le hacemos a esta concepción es que ignora por completo la dimensión relacional de la nación, la dimensión humana, las personas...

## **2.2.- LA NACIÓN COMO PROYECTO**

Cada día tenemos muestras de las consecuencias que los estados hayan asumido sus identidades de determinada manera. De hecho, el estado español parece que se pone tozudo en demostrar que no hay la más mínima brecha para el respiro nacional de ningún otro que no esté previsto en su visión unitaria y monolítica. Mientras que algún otro estado, como el Canadá por ejemplo, hace el esfuerzo de reconocer, en su Parlamento, que Québec es una nación, en nuestras latitudes incluso se cuestiona que sea Constitucional que el Parlamento de Catalunya lo diga. Pero ya sabemos que Cataluña es como Québec, pero España no es como el Canadá, ni como la Gran Bretaña, a propósito de Escocia, ni como Dinamarca, si hablamos de Groenlandia.

Este tema del cual hablamos hoy, para mi es apasionante, por lo que tiene de propuesta y de innovación y, seguramente, de trasgresión. Quiero hablaros de un movimiento estratégico que nos permita, de una vez por todas, superar este paradigma de identidades fijas en el cual nos quieren ver atrapados para pasar a las identidades en movimiento, en construcción permanente, sobre una base heredada. ***Es necesario abandonar el empate infinito de la confrontación entre dos identidades esencialistas para ganar la adhesión de la totalidad de la ciudadanía a la construcción de un proyecto nacional libre, común, compartido, de futuro, que se base en su voluntad. No se trata de construir una sociedad solo para los ciudadanos nacionalistas, una parte, sino para los ciudadanos nacionales, el todo.***

Hablo de abandonar la nación del pasado como punto de partida para todos (como hacen los nacionalismos esencialistas) para posicionarla delante, como punto de partida de todos y referente colectivo, aun por hacer, aun por completar. De ésta manera dejaremos de ser prisioneros de una nación definida y fija, de contornos claramente estipulados y requisitos étnicos a cubrir y aceptamos la naturaleza dinámica y compleja de las identidades contemporáneas. Nuestro proyecto, la construcción de la nación catalana, es a la vez horizonte y lazo social.

- Naciones como la nuestra no pueden permitirse el lujo de optar por el nacionalismo conservador, por la concepción

esencialista de nación, porque esta noción está vinculada a un determinado tipo de presiones propias de los estados que están muy lejos de nuestra tradición, más que nada las hemos sufrido históricamente. Y cuando una nación que ha sufrido el Estado quiere actuar como si lo tuviera, el experimento falla. Tenemos que contar, y de hecho hemos contado, con el poder de atracción del proyecto conjunto, de la nación inacabada que tiene siempre un espacio de dignidad y participación para gente nueva.

- Una nación sin Estado con identidad fija está destinada al fracaso, a empequeñecerse y a ser absorbida por Estados en el juego de los Estados, por no atinar en la estrategia que corresponde a su condición. Una Catalunya congelada es imposible, pero sobretodo no deseable y está condenada a encogerse por falta de atractivo.

A nuestro entender, la nación no existe al margen de las personas, porque la nación es la gente, un país son las personas. La nación se crea con la voluntad de su gente y gracias a la decisión y deseo de estar conjuntamente. La nación, para nosotros, no es un punto de partida, ya hecho y constituido, al cual se deba proteger del contacto humano y sus consecuentes transformaciones; sino que es un punto de llegada que está por venir, que se decide colectivamente y que sirve como dispositivo simbólico de avance personal de manera conjunta.

Es partiendo de esta premisa que entendemos la nación no como un asunto cerrado y derivado de las características compartidas por los miembros de una foto fija, sino como una categoría práctica, dinámica sustentada en la voluntad y por tanto, altamente democrática. Ésta manera de entender la nación hace que la pensemos como un ejercicio democrático, de expresión cotidiana de la voluntad de ser conjunta. Es decir, un proyecto compartido que incluye a todos los que tengan voluntad de estar. Un proyecto nacional como éste tiene otras ventajas como vía política. Para ser catalán, pues, sólo hace falta querer ser catalán.

Entendida así, la nación, tiene vocación de servicio y puede dar lugar a formas más potentes de ciudadanía, favoreciendo las políticas sociales más justas y democráticas, permitiendo la participación cohesionada de las personas que inmigren en el proyecto nacional compartido. **La nación a la que me refiero es una llamada a la lealtad, voluntad y solidaridad del pueblo que somos cada día.**

Ésta nación no está amenazada por los cambios, por la llegada de gente nueva al país, o por las formas más contemporáneas de relaciones internacionales. Ésta nación-proyecto se entiende con la globalización, encuentra su encaje y hasta aporta una forma de organización social.

Surgen nuevas formas de convivencia y de vivencias conjuntas. Una identidad propia cómo la nuestra es perfectamente apta para

sobrevivir e incluso obtener beneficios de los diversos procesos vinculados a la globalización, entre ellos, la inmigración. La nación catalana que queremos, nuestro proyecto nacional está en construcción, es más flexible, y por eso tiene que estar a la altura de las transformaciones que pueda traer la globalización.

Un proyecto nacional como éste ofrece respuestas políticas alternativas más adecuadas a las personas de hoy en día, más democráticas y flexibles. En cierta manera, el éxito nacional de la Cataluña futura depende mucho más del millón y medio de inmigrantes llegados los últimos años, que de los centenares de miles que lo han ido haciendo décadas atrás. Quien los gane, quien los sume a su proyecto de país, habrá ganado también la batalla nacional.

### UNA NACIÓN PROPOSITIVA NO VA EN CONTRA DE NADIE

El motor de la continua construcción de la nación catalana no es la nacionalista, agotadora y frustrante obsesión antiespañola. No se trata de encontrar un enemigo donde descargar las culpas de nuestros problemas. Las energías requeridas son demasiadas, y no tenemos ni tiempo ni fuerzas que distraer.

Tenemos que estar centrados en la ilusión colectiva y democrática por la libertad. Tenemos que ir sumando las nuevas incorporaciones demográficas para trazar el destino nacional propio, que vaya a favor nuestro, de todos los catalanes y las catalanas. También con aquellos que tengan buena relación con España, y hasta tengan

implicaciones emocionales, pero que la subordinación al estado les moleste para conseguir sus sueños o proyectos personales. Me refiero al proyecto de construcción de una nación catalana moderna, dinámica, inclusiva, en la cual nadie es preguntado de dónde viene sino hacia dónde va.

Una nación dónde quepan aquellos que como yo mismo nos sentimos y somos catalanes **solamente**, junto a aquellos que se sienten catalanes **también**. Catalanes y españoles, catalanes, muy argentinos y un poco españoles, muy marroquíes, un poco catalanes y un poco más españoles o casi nada. Qué más da. Lo que cuenta no es la identidad, sino la identificación. Que nos sintamos lo que nos sintamos, todos nos identifiquemos con Catalunya, un espacio donde construir nuestros sueños de bienestar, cultura y libertad. Estamos, pues, frente a espacios nacionales de identidades simultáneas, tanto nacionales como culturales. Gente que se siente catalana y española, simultáneamente, o catalana y mediterránea, con intensidad notable, u otras combinaciones, todas las cuales suman, porque, poco o mucho, lo único que tienen en común es la catalanidad, que todos se sienten catalanes también.

Los partidarios de la democracia radical reivindican que la única manera hacer colectiva, sin suprimir las libertades individuales, es la de ser a través de la expresión de la voluntad conjunta. Es, por tanto, a través de la libertad individual, de una sociedad civil fuerte y propositiva que queremos acceder a la nación soberana.

## NUEVOS HORIZONTES NACIONALES

La libertad empieza en el pensamiento. Si somos capaces de imaginarnos del otro lado, ya lo tenemos. Pero éste ejercicio de ficción/utopía, tenemos que hacerlo con ciertas conexiones con la realidad, dejar abiertas las vías de acceso para que se sume todo el mundo.

No se trata tampoco de imaginar Catalunya como entelequia. La nación catalana tiene forma, una forma definida, específica y diferenciada, lo que pasa es que ésta forma no se anquilosa ni se deja atrapar por la oficialidad. La nación catalana, desborda los libros de historia, desborda las instituciones, y se define día a día en la calle. La gente del país nos deja ver cómo somos los catalanes a través de diferentes expresiones culturales, de apropiaciones lingüísticas, de adaptaciones propias del patrimonio nacional heredado.

Ésta potencia dinámica de la nación tiene que ser reconocida. Sería una catástrofe no hacerlo. Hay quién quiere dividir la nación con absurdas disputas sobre la pureza o no de algunos. ***El problema de Catalunya no es de qué material está hecha, sino que no es propietaria exclusiva de su destino.*** Las batallitas y discusiones estériles sobre de dónde venimos los catalanes se han de acabar para dar paso a los debates nacionales sobre dónde queremos ir juntos, como pueblo cohesionado.

## NUEVAS COMPLICIDADES

Seguramente, uno de los ingredientes principales de la nación catalana de hoy es la esperanza y la ilusión que depositamos en el futuro colectivo, en la nación que heredaremos, la que seguirá viva cuando cualquiera de nosotros hayamos terminado nuestra trayectoria vital.

Pero, ponernos a hacer hojas de ruta para la nación dándole la espalda es absurdo. Los proyectos nacionales que hoy tienen probabilidades de éxito, son los que saben escuchar, que están al caso de quién es la nación, y cuales los deseos y ambiciones.

El autoconocimiento es una pieza clave en la estrategia nacional. Sea cual sea la ruta que nos quieran trazar, el punto de partida ha de ser claro, quiénes somos hoy, cuál es nuestra historia, incluso genealógica. El orgullo de país que podemos sentir al ser una nación no ya de acogida, sino de antiguos inmigrantes, es un elemento poderosísimo para la autoestima nacional. Más todavía, la memoria genealógica de la gran mayoría del país nos podría dictar lecciones. Sólo es necesario comparar los nombres de la guía telefónica de hoy con los de hace 40 o 50 años para entender qué estoy diciendo.

Cataluña es hoy, gracias a las incorporaciones de millares y millares de personas a lo largo del siglo. Somos un caso excepcional, no porque otros países no sean fruto de la mezcla, sino por la manera como nos hemos reconstituido, como pueblo cohesionado en un

corto periodo de tiempo y con un gran cambio demográfico. A pesar del impacto poblacional de las migraciones de los años 50 y 60 no hay "segundas generaciones" y tenemos que garantizar que siga sin haberlas. Solo en diez años hemos pasado de seis millones a siete y medio, mucho más de lo que ha recibido, en este mismo tiempo, la república federal alemana unificada. Y toda esta estructura nos hace todavía más aptos para afrontar el futuro, más aptos para generar la identificación con el proyecto nacional de Catalunya, sea cuál sea la identidad personal de cada uno. Es una tarea que ya hemos hecho, que estamos haciendo y que seguiremos haciendo.

Es evidente que la carga emocional de un proyecto esperanzador es importante, pero las conexiones con este futuro, las identificaciones de quién acaba de llegar a este escenario quizás provendrán de un entusiasmo más estratégico. Probablemente el atractivo de una Catalunya más libre se traduzca en un servicio de salud potente, una escuela de calidad, una vivienda digna, unas infraestructuras más modernas, con un aeropuerto "más cercano", con vuelos directos hacia su otro hogar de origen.

La ambición de libertades para Catalunya solo podrá ser satisfecha con mucho esfuerzo. Un salto adelante como el que debe plantearse nuestro país requiere un tejido social fuerte, una solidaridad entre todos los sectores del país. Las instituciones y los partidos políticos son relevantes, claro, pero sin una sociedad civil fuerte que tire también del carro no llegaremos a ninguna parte. El proyecto, de hecho, solo tiene sentido si cuenta con la gente, con toda la gente,

porque solo es realmente nacional aquello que incluye, incorpora e identifica a la mayoría de la nación.

### Nación que suma: ofrece dignidad, respeto, futuro con ilusión

La inmigración es un proceso social que permite visualizar muy claramente la naturaleza de la identidad y de los proyectos nacionales. La confrontación con lo que consideramos "el otro" evidencia las fronteras colectivas, nacionales. Según el tipo de identidad en que se base la nación, las reacciones serán unas u otras.

- Un Estado-nación, conservador en su concepción nacional, intentará imponer (de hecho, lo hacen habitualmente, sólo hace falta mirar los programas "de integración" que hay por Europa) los contenidos preestablecidos (casi siempre exclusivamente simbólicos) de lo que se considera nacional, para tolerar la presencia del extranjero (lo extraño). Como no se tiene en cuenta la voluntad, ni opinión de este tercero, es probable que no se sienta atraído por una nación que no lo respeta.

Otra cosa muy distinta pasará con una nación en construcción, que necesita y acepta nuevas aportaciones, que reconoce su propia identidad como un proyecto en evolución, que tiene una historia detrás de aportaciones continuadas que han dado lugar a su presente. El tercero en cuestión encontrará un lugar de respeto, de

dignidad y sobretodo de futuro conjunto que lo involucra, un horizonte que lo ilusiona, que lo atrae porqué todo tiene que ver con él o ella. Los condicionantes para acceder a esta nación (la nación proyecto) no son (ni lo pueden ser) impuestos artificialmente y en contra de los deseos de quién se incorpora. Al contrario, el elemento más importante para formar parte del proyecto es la voluntad de estar en él.

- Las formas de vida en el interior de una nación en construcción son variadas y se armonizan para configurar los rasgos de identidad nacional, unos rasgos fortalecidos y renovados con el paso del tiempo, con la suma de la gente. Y esto implica encontrar nuevos referentes nacionales, que nos identifiquen como pueblo ante los otros pueblos. Muchos de los que tenemos ahora nos servirán, otros quizás no y muchos serán nuevos, los tendremos que inventar, crear, construir. Lo que será la cultura nacional-popular catalana del siglo XXI todavía está por hacer y la iremos haciendo a lo largo del siglo.
- Me refiero a renovar las bases y referentes de la nación catalana heredada del pasado, de aprovechar todo lo que sea útil, y a la vez incorporar en ella nuevos elementos identificadores, también "catalanes", para ir haciendo una nueva nación... catalana!

## ACTITUD DERROTISTA, COSTUMBRE A DESARRELAR

Es cierto que para muchos el cambio de paradigma mental cuesta, y cuesta mucho. Hace años que estamos acostumbrados a un cierto derrotismo que nos hace imposible pensar que, realmente, algún día saldremos adelante. Son muchos los que ven siempre sólo el vaso a medio llenar como una sentencia de muerte nacional. Según estas tesis, la lengua, la cultura y el país entero estamos a cuatro pasos de la tumba. Esta tendencia autodestructiva, pesimista, derrotista es inconscientemente, profundamente antinacional. Quién queremos que se apunte a un pueblo en vías de extinción, a una nación que siempre pierde y quién que aprenda una lengua agónica? Pero somos unos cuantos los que sabemos reconocer la tozudez nacional y la potencia de la sociedad civil, hecha de una suma inmensa de pequeños esfuerzos individuales y asociativos. Y tenemos puestas todas nuestras esperanzas en un proyecto nacional renovado.

Pasan los días y nos hemos ido acostumbrando cada vez más al tercer centenario de la pérdida de nuestras libertades nacionales y el catalanismo de hoy es distinto al de hace tres o más siglos.

El derrotismo sería el peor enemigo de las aspiraciones nacionales si no fuera porque el miedo está en la cabeza de la lista. Desde el miedo, clásicamente alimentado por todo elemento externo, no avanzamos. El miedo paraliza, o peor, mueve las pasiones más bajas. Horrores a lo largo de la historia se han podido cometer sólo

con la presencia de este elemento. La gente percibe la alteridad como una amenaza y ya estamos!

El miedo produce exclusión y a nosotros, nación sin estado, no nos conviene echar a nadie del proyecto, nuestro futuro nacional no tiene sentido si es para unos pocos. Y todavía menos si éstos pierden constantemente energías peleándose contra todo aquél que no sea idéntico a ellos. Defiendo, pues, un modelo abierto y democrático de nación cívica, no un modelo cerrado de nación étnica, un verdadero proyecto inclusivo.

Pero una reflexión oportuna nos permite ver que nosotros también venimos de fuera. La realidad demográfica de Catalunya nos muestra que de los dos millones de catalanes de principios del siglo pasado, hemos llegado a los más de 7 millones de ahora, con fuerza. Todavía, a pesar de todas las disputas con el estado, seguimos siendo catalanes y catalanas, de formas muy distintas, pero formando parte de este país. Incluyendo el último millón y medio que se ha añadido en los últimos 10 años.

Los catalanes que en el siglo XIX participaron en procesos de independencia de Argentina o Cuba, haciendo el himno nacional o como jefes de estado mayor del ejército de liberación, nunca dejaron de ser catalanes. Y los republicanos que en los años cuarenta se exiliaron a Méjico siguieron queriendo Catalunya, la patria de origen, hablando la lengua, añorando el paisaje, transmitiendo tradiciones a sus hijos, siendo catalanes y, a la vez,

simultáneamente, más mejicanos que nadie. Por qué motivo, pues, tenemos que pedir a la gente que, por ser también catalana, tenga que renunciar a ser lo que ya era antes, lo que ya se sentía, lo que ya quería, fuera lo que fuera: española, marroquí, argentina, rumana, ecuatoriana?

No tiene sentido hacer una oferta nacional cerrada, rígida, dónde se pida a los recién llegados que se conviertan en otra cosa, olvidando para siempre más lo que eran antes de llegar. Y no tiene sentido plantear esta nación, entre muchos otros motivos, porque ya existe. Y con las reglas del estado, ya juega el Estado. No utilicemos tics estatistas clásicos, porque iremos directo al fracaso. Ha llegado la hora de incluir, de sumar, de incorporar, de abrir, de ensanchar. Renovarse, pues, o morir. Y no queremos morir.

Tanto da, pues, si a unos la vinculación con la nación nos viene de generaciones y generaciones o si a otros nos llega des de identificaciones más inmediatas, con el bienestar, la cultura o el paisaje. Quiero una Catalunya donde quepan los catalanes de toda la vida, junto con todos aquellos que acaban de empezar toda su vida como catalanes.

Ejercer una identidad no esencialista no es una tarea automática para las naciones privadas de estructuras estatales propias. Es una gran estrategia de éxito nacional, pero requiere una actuación consciente, para evitar caer en trampas y tics del nacionalismo tradicional y conservador.

Seria absurdo plantearnos un horizonte nacional basado en los mismos postulados que el estado que hoy actualmente nos limita. Apostamos por una propuesta de nación abierta, compleja, donde la diversidad la consideramos como motor y fuerza y no como amenaza a derrotar. Queremos una nación catalana donde todas las voces tengan su espacio. Todas las trayectorias vitales, unidas y orquestadas deberán marcar juntamente con las ambiciones propias, el devenir nacional.

El proyecto nacional catalán, así como el de cualquier otro capaz de ver con claridad las deficiencias de las posiciones esencialistas, deben ofrecer un espacio de dignidad para todos y todas en un proyecto nacional actualizado, de acuerdo con los retos mundiales contemporáneos. Si no partimos de una estructura estatal pesada que nos lastre, y si la fuerza de la democracia nos conduce a la independencia, tendremos la oportunidad de crear una estructura de soberanía peculiar, entre otras por su flexibilidad.

Lo que hoy toca es un proyecto de país que situé en primer plano el bienestar y la calidad. Las identidades están presentes, pero son las identificaciones con una nación potente las que brindan ventajas respecto a otras propuestas políticas superadas donde no cabe la innovación ni la diferencia. De esta manera, Catalunya, patria de la lengua y la cultura catalana, como Suecia lo es de la sueca, a la vez

que patria de la dignidad, la libertad y la calidad de vida, la igualdad de oportunidades.

### **3.- LA SOBERANÍA DE UNA NACIÓN EN CONSTRUCCIÓN.**

En el caso de una nación que se define a medida que avanza, la soberanía es un relato posible y planteable para todos. Una nación en movimiento debe plantearse qué camino quiere seguir, debe saber hacia dónde se dirige a fin de no deambular.

Ya hemos dicho que queremos una nación que supere las esencias como valor central de la reivindicación nacional. Ahora es el momento de explorar cuales son aquellos paradigmas que deberíamos superar para hacer realidad las ambiciones que se corresponden con la potencia de la nuestra, la que vive a pesar de las estructuras oficiales estatales, a pesar de los decretos y los tribunales.

En este sentido nos planteamos por ejemplo, que el valor romántico de la nación se pueda complementar con una nación más instrumental. El patrimonio cultural de la nación debe estar construido por elementos que vinculan pasado, presente y futuro, sin que ello signifique borrar o deslegitimar la presencia de la historia, ni de la actualidad. Así, los catalanes de origen, deberán transitar del corazón a la cabeza, y a mitad del camino se encontrarán con los nuevos catalanes que hacen el recorrido inversamente, de la cabeza hacia el corazón. No niego, de esta

manera, ni menosprecio, la dimensión épica, emocional, romántica si hace falta del fenómeno nacional, pero intento que ésta se inscriba en otros parámetros.

Estamos a favor de una nación que se haga sentir nación para poder expresar con firmeza sus convicciones a través de la democracia más auténtica y radical. Con la máxima libertad de expresión y respeto por la diversidad de pensamiento. Queremos una nación que deje de ser objeto de adoración o sacralización para pasar a ser sujeto de acción, con una dirección clara y firme. Les hablo de una nación que sepa caminar hacia lo que más le convenga, quizás, si así lo desea, hacia la máxima libertad. De una nación responsable que sea capaz de asumir los retos que implica el mayor autogobierno. Una nación que haga política y pueda decidir su futuro.

Si consideramos clave y estratégico el cambio del posicionamiento, la nación futura de todos como punto de llegada, es porque cuando esta se asume como punto de partida, los contenidos ya están definidos y no requieren de la participación del pueblo (de la democracia). Son impuestos artificialmente, se vacían de sentido para la sociedad contemporánea. En cierta manera, el nacionalismo no solo es el pasado y la nación el futuro, sino que además el primero solamente incluye unos cuantos mientras que la nación nos acoge a todos sin distinción. Por ello, es más potente, más fuerte, más liberadora, la nación que el nacionalismo. Las actitudes nacionalistas son fácilmente combatibles y crean poca complicidad

exterior, sin olvidar que a menudo marginan a quien las adopta y son poco útiles. Pero las actitudes nacionales tienen toda la fuerza que proviene de la cohesión, la coherencia y la solidez que representan una comunidad humana *nacional*. A menudo, el nacionalismo es el impedimento que más nos dificulta llegar a la nación.

En cambio, cuando la nación es abierta, cuando se asume que está por llegar y que la sociedad deviene con el proyecto nacional, que se construye y hace a si misma, los contenidos de la nación son variables, pero no significa que tengan un valor cualquiera, aleatorio; sino que tienen un significado importante para la gente que conforma la nación. **La democracia es un ingrediente imprescindible de este proyecto nacional.**

Considerando que la increíble fuerza de una nación democrática, diversa, pero que sabe expresarse al unísono a favor de sus derechos, hemos de recordar que podemos ser el país que queramos ser. Ya no hay excusas y no nos detienen las amenazas externas, de paisano, con toga o de uniforme. Tenemos un poder que parte de la solidaridad y la cohesión interna. Y que se expresa democráticamente. Siempre he creído que no hay fuerza más invencible que un pueblo expresándose democráticamente i pacíficamente. Porque aquí, los medios forman parte del fin, lo conforma, lo identifica lo convierte en inatacable internacionalmente. ¿Quién tiene miedo de la democracia?

En el proyecto nacional que propongo, el marcador de la identidad catalana solo puede ser la voluntad de ser, descartando cualquier otro rasgo "secundario" desvinculado a la decisión política.

En una fase prenatal, hay diferentes vías para llegar a la nación [decisión consciente (la cabeza), herencia (la sangre), sentimiento (el corazón), interés (el bolsillo)] y para construirla es necesario voluntad y trabajo, desde cada uno de estos lugares.

**Heredamos el pasado, confluimos en el presente, construimos el futuro.** Los rasgos identitarios irán consolidándose, con las nuevas aportaciones, a partir de un legado histórico... como siempre se ha venido haciendo.

**Decisión conjunta, el "nosotros" o la comunidad nacional existe en el momento que decide libremente, que se pronuncia y se preocupa respecto a un futuro compartido como pueblo.**

#### **4.- CONCLUSIÓN**

El orgullo nacional de un proyecto como el nuestro, no depende de la extensión territorial ni de la capacidad colonizadora, como se hacía en otros momentos de creación de estados. El orgullo i la autoestima nacional de Cataluña provienen de su capacidad de conciliar y reconocer al otro como parte constitutiva e imprescindible de desarrollo nacional. A pesar de ser milenarios, somos un país

joven, una nación en evolución des de hace muchos siglos. Hay todavía muchos horizontes de soberanía para explorar, las naciones que hoy existimos sin Estado, o que no dependemos de esta estructura para tener una identidad diferenciada, tenemos mucho para aportar a la historia política mundial. Los estados que vienen, serán estados más flexibles, más complejos, más abiertos, o no serán.

Tenemos un proyecto nacional con un futuro lleno de esperanza. La flexibilidad del proyecto nacional catalán, hace que el país se encuentre mejor preparado para satisfacer las necesidades de identificación contemporáneas. El acceso se vincula más con la libertad que con las restricciones, las condiciones de acceso son mínimas y los individuos, cada vez con más identidades múltiples y complejas, pueden encajar perfectamente con la oferta nacional catalana.

Hablo de una nueva nación catalana, catalana como lo era la de Jaume I, en una época en que nadie sabía qué era el pan con tomate y menos aún nadie se podía imaginar que sería un elemento distintivo de nuestra cocina nacional. Catalana como en la época de la Renaixença, de Mossèn Cinto, de Macià o de Companys. Catalana como los miles y miles de Rodríguez y Martínez y Pérez y López y tutti quanti que ya hicieron de esta tierra su país. Y los Mohameds y los Ibrahim y los Sahoka y las Fátimas i las Malikes i los Naveed y todos los que han encontrado en Catalunya, aquello que no les dio

la patria de origen. Hablo, pues, de una nación catalana viva y bien viva. Porque mientras hay vida hay esperanza.

Muchas gracias